

— No lo sabía.

— Se va á curar, porque está herido de muerte. Tiene una gastralgia que le hace sufrir las de Caín; en días pasados, el médico, admirando su valor para aguantar los dolores, le dijo:

— Pero, don Miguel, ¿qué pasa con usted que no se queja nunca? Debe usted de sufrir horriblemente.

Y el hombre, que no carece de sal, le contestó:

— Pues si diciendo «no hay, no hay», tengo siempre las antecámaras del Ministerio llenas de viudas, pensionistas y militares, ¿qué sucederá si digo «ay, ay»?

— Las gentes creen que todos ustedes, los reformistas, están malditos de Dios. Lerdo había notado que su suegra no ocurría á su casa como de costumbre, pero no había preguntado nada; el otro día vió que se escapaba la señora al presentarse él, é inquirió la causa.

— Es que cree que estás excomulgado, y por eso se te aparta.

— ¡Que no creyeran lo mismo los pretendientes del Ministerio! — exclamó el pobre Colbert.

— ¡Atención!; creo que ahora empiezan. ¿Qué dice de Vidaurri ese señor gangoso?

— Que está dispuesto á entrar en transacciones.

— Pues no lo creo, después de la última ocurrencia. ¿Sabe usted que, so pretexto de introducir por Matamoros un cargamento de armas, trató de meter un contrabando

de géneros de algodón, y viendo que no se lo dejaban pasar, envió á Zuazua como embajador, y acabó por ponerse al frente de sus tropas para atacar á los aduaneros? ¡Es mucho hombre don Santiago!

— Ahora se reanuda la discusión pendiente.

— ¿Y toman parte los primeros espadas? Yo me muero de ganas de oír á ese Ramírez, que dicen es un bárbaro de mucho talento.

— Habló ayer.

— ¿Y Zarco, y Prieto?

— Ya pasó su turno.

— Decididamente, tengo suerte de perro amarillo. ¿Quién es ese que tiene la palabra?

— Ampudia.

— Diga usted, ¿soltará muchas atrocidades contra el clero y contra las monjas? Eso quiero yo, cosa que se entienda, y no tonterías de Puffendorf y de Cornelio Van Binkershoeck con que nos aburrimos el otro día.

En ese instante subió á la tribuna un orador de voz opaca que no causó impresión ninguna. De repente se sintió gran efervescencia entre el público.

— ¡Viva Arriaga!

— ¡Viva don Ponciano!

— ¡Mueran los sacristanes!

— ¡Mueran los impíos!

— ¡Mueran los herejes!

— ¡Fuera!

— ¡Que hable Arriaga!

— No hay, señora, dije, nada que iguale al placer de estar con usted, de mirarla, de oír sus palabras.

— ¿Qué dice usted?

La voz del presidente de la Comisión de Constitución, al principio vacilante, sin expresión, sin colorido, sin fuerza, subió de tono:

«Tengo fe en el pueblo, no en su instrucción teológica, no en su ilustración en jurisprudencia, sino en los instintos que lo inclinan al bien. Uno de los impugnadores se ha atrevido á decir en el calor de su improvisación que las Constituciones deben acomodarse, no sólo á la ignorancia y á las preocupaciones del pueblo, sino también á sus vicios. ¡Y el orador que así se ha expresado, ha tenido la osadía de calificar de inmoral la idea del artículo!»

— No sabe usted cómo deseaba una oportunidad así para decirle que mi espíritu sin guía, sin dirección, sin ayuda, implora á usted desde lo hondo de su miseria.

— ¿Y cómo puedo ponerme á directora de nadie, si toda mi vida he necesitado dirección?

«Ya no es posible engañar ni alucinar al pueblo con la tan repetida especie de que se quiere destruir la religión cristiana. El pueblo no puede dar crédito á esta superchería, porque sabe que la religión no tiene sus cimientos en arena, y recuerda que el mismo Cristo aseguró que

esta religión sería eterna y se extendería por el mundo entero. Los que desconfían de esta promesa parece que quieren desmentir á Cristo mismo, escarnecer su palabra santa, su palabra de bien y de verdad.»

— ¡Ay, Anarda, parece que usted ignora que el cariño ilumina, penetra y alegra todo!

«Soy cristiano fervoroso y creyente; amo á mi religión, no sólo porque es divina, no sólo porque me sirve de consuelo en esta vida y espero que me sirva de salvación en la otra, sino porque hallo en ella las doctrinas de libertad que todo lo purifican, exal-



D. PONCIANO ARRIAGA

tan y engrandecen. Pero, afortunadamente, no confundo la religión cristiana con los bastardos intereses del clero.»

— ¡Bien! ¡Bien! ¡Bravo, Arriaga!

— ¡Abajo el insultador del clero!

— No sé; pero desde que conocí á usted, me pareció que algo nos iba á unir para siempre. ¿Recuerda usted aquella noche en Nuevo México? Después, la amistad que usted me ha manifestado, su protección asidua, su deseo

de que yo medre y crezca me han acercado más á usted. Usted lo sabe; quisiera besarle las manos de cariño, besarle los pies de agradecimiento.

É iba á unir la acción á la palabra, cuando ella retiró las manos y me miró con enojo.

Y Arriaga en su solo elegíaco:

«La moral cristiana es la fuente de la civilización. Ella abolió la esclavitud, ella acabó con las castas y con los privilegios, y al proclamar que todos los pueblos son hermanos, hijos de un mismo Padre, que está en los cielos, estableció la igualdad, que es la base del sistema republicano. En una república, pues, no puede haber castas dominantes que tengan la dirección exclusiva de las conciencias. Decir república y religión exclusiva, siquiera sea la católica, es una contradicción...»

— ¡Mientes, infame!

— ¡Fuera ese blasfemo!

— ¡Muy bien, Arriaga!

— ¡Muera el clero corrompido!

— ¡Mueran los jacobinos!

— ¿No sabe usted que guardo las cartas que me escribió á Guerrero, como la alhaja más preciada? Me demuestra usted en ellas cariño, interés, afecto, y eso las hace sagradas para mí.

Ella, sonriente al principio, me mira como inquieta, como turbada.

— Va usted á acabar por comprometerme.

«Nuestro clero no ama á la patria, no siente por ella el afecto, la veneración, el cariño que sienten los buenos hijos por su madre. Por un Hidalgo, por un Morelos hemos tenido cien mil curas de Zacapoaxtla... El clero de Jalisco conspiró contra las instituciones liberales, y hoy ciñen mitras los canónigos que firmaron el plan del Hospicio.»

— ¿Comprometerla á usted? ¿Y hace usted caso del dictamen de esta sociedad hipócrita y mojigata? Ante el amor, ante el amor grande y noble, ante sus fueros benditos, ¿qué vale la opinión de los cuatro imbéciles que aquí se erigen en tribunal de instrucción y de sentencia? Usted, que es una mujer superior, una mujer cuyos talentos sólo igualan á su hermosura, debe desechar esos prejuicios, indignos de persona tan alta. ¿Qué le importan á usted los sepulcros blanqueados, los receptáculos de víboras que se llaman guardianes de las conveniencias sociales?

— Mi familia...

Gran escándalo: llega á nuestros oídos la voz de Arriaga que, grita una nota oficial, en que el General Scott participa á su Gobierno que la proclama que ha dirigido á los mexicanos para atraerlos, le había sido sugerida por individuos notables del clero, y que éstos le proporcionaron emisarios para hacerla circular en el interior de la República.

- ¡Mientes, hereje infame!
 — ¡Eso no es cierto!
 — ¡Eso es falso; eso no puede ser!
 — ¡Calumniador!
 — ¡Bandido!
 — ¡Muera el clero!
 — ¡Viva la religión!

En aquel momento descenden de la galería las cintas con dísticos é inscripciones, y distingo la mano peluda de Quiroz y el chaquetón de paño de Gordo.

«El señor Lafragua ha sido de los impugnadores con un argumento verdaderamente original, aunque á mí siempre me parecen originales las argumentaciones del señor Lafragua (Risas; el aludido se remueve nervioso en su asiento y se menea los espejuelos hasta que se los quita). Este señor combate la tolerancia, y un momento después, con tono de Madame Roland en el cadalso, exclama: «¡Religión, religión, cuántos crímenes se han cometido en tu nombre!» Esto solo quita todo su valer á los discursos del ministro-diputado.»

— ¡La familia! ¿Y hace usted caso de un viejo que, de joven, la martirizó con sus celos, y de viejo la pone en ridículo con sus chochees?

Baja el orador entre silbidos, gritos, vociferaciones, aplausos y vivas.

De los asientos de los ministros se mueve pausadamente

uno grave, solemne, de gran barba, con aspecto de senador en *Otelo* ó de sacerdote en *Nabuco*: es don Ezequiel Montes.

Habla largo y habla bien. Combate á los oradores con razones y con sentencias de los clásicos; con argumentos de los publicistas y con frases griegas y latinas. Después sube Mata y quema el último cartucho en un discurso desbordante de entusiasmo, de convicción y de firmeza.

Degollado avisa que rehusan hacer uso de la palabra los representantes que la habían solicitado; se declara el asunto suficientemente discutido, y empieza la votación nominal. Los diputados se ponen en pie y votan con voz clara y firme. El momento era solemne; hasta las galerías dejaron de gritar y tomar parte en lo que pasaba en el salón.

Anarda se inclinó en la barandilla, yo la imité, y dejando caer mi mano sobre la suya se la apretaba convulsivamente á cada voto en pro ó en contra. Ella no llegó á retirar la mano.

Al fin se declaró el artículo *sin lugar á votar* por sesenta y cinco señores contra cuarenta y seis.

Cuando el presidente anunció el resultado, se produjo en las galerías una espantosa confusión: silbidos, aplausos, gritos de ¡Viva la religión! ¡Mueran los herejes! ¡Mueran los hipócritas! ¡Mueran los cobardes! ¡Viva el clero! Más de una nariz creció de tamaño y más de un ojo cambió de color en aquella tarde memorable.

582

Cuando todo concluyó, Anarda me hizo salir del palco. Cuando la conducía por la escalera, le dije rendido:

— ¿Y qué dice usted de todo lo que le he hablado?

— Que en realidad tenían razón las señoras en pedir no se decretara la tolerancia. Diga usted, que pudieran establecerse aquí harems como en Turquía...

Y al subir á su coche me dirigió la sonrisa más hermosa que puede iluminar rostro humano.



CAPITULO IV

La conspiración de la Profesa

SUÁREZ Navarro había llegado á México por Febrero de ese año, había solicitado no sé qué de Comonfort, y como no lo obtuviera, se dió á conspirar sin descanso, unas veces en calidad de conservador y otras en calidad de liberal; pero siempre en calidad de descontento.

Suyos fueron aquel terrible papel que se llamaba: «Hemos de acabar con ricos, con frailes y con monjío», aquel otro intitulado: «Vamos hablando despacio, mi querido don Ignacio», y todos los que firmados *Marat*, *Robespierre* y *El Septiembrista*, se escribieron hablando de degollinas de monjas y frailes, de confiscación de bienes de acaudalados, de destrucción de iglesias y de otras pequeñeces así.